yor, con privilegio exclusivo, y atentar contra ella es atentar contra la libertad de la industria. Jasón se dió por satisfecho con llevarse al vellocino; pero Manuel Puga y Acal lo desuella, estacando su salea en la puerta del jardín de las Hespérides.

Por eso digo que es mucho hombre este Manuel.

En Europa, mi apreciable amigo, no se da el caso de que los huevos canten como gallos, ni vuelen como las águilas. Usted sabe que allí el poeta y el escritor, que están dentro del cascarón, se van desarrollando al calor del estudio y del esfuerzo. Al salir de ese cascarón los picotean sin piedad los gallos de todos tamaños y colores, y así van creciendo, creciendo hasta que escapan del corral si no sirven para literatos, ó se encaraman sobre la multitud batiendo las alas con orgullo y cantando su victoria. En México ya es otra cosa, apreciable *Facistol*.

Se comienza por hilvanar unas cuartetas, que carecen hasta del mérito caligráfico, se ponen en manos de un poeta famoso—como se pone la materia prima en manos de un carpintero—y cuando están pulidas y barnizadas salen á bailar en cualquier periódico de esos que se llenan con todo, como el estómago de los cerdos. Desde ese instante no hay que tocar al poeta incipiente. Ya lo es todo. De un solo salto ha llegado á la cúspide de la gloria. Es más invulnerable que Aquiles, porque nadie le llega á los talones. Señalarle sus defectos es injuriarlo á mansalva. Aconsejarle que se corrija equivale á predicarle á un borracho sobre las virtudes del agua y los extragos del alcoholismo. Es un invunerable, un sér superior á todos los séres, un dios de corazón de higuera ó de piedra chiluca, que la multitud pasea en hombros gozándose en su deformidad, como se gozaban los aztecas en la de Huitzilopochtli. Contra ese dios nadie puede nada. Los napolitanos son más felices, porque cuando San Genaro no hace un milagro, son pocas las piedras que se encuentran en la calle para tirárselas á la cabeza.

También las beatas católicas se atreven contra San Antonio de Padua, poniéndole cabeza abajo, ó metiéndolo dentro de un pozo. Pero al invulnerable no hay ni que mirarle de reojo, porque todo el Olimpo descargaría sus rayos sobre la cabeza del sacrílego.

¿Y usted se pone frente de los invulnerables, querido *Brummel?* Reflexione usted, pues aún es tiempo, que se ha metido en un berengenal y que de allí no lo sacara nadie cuando lo necesite.

Tratándose de poetas de talla como Gutiérrez Nájera y Juan de Dios Peza, que contestan á la crítica de usted, el uno con artículos afiligranados, y el otro con hermosas quintillas, que no se desdeñarían de firmar Manuel del Palacio ó Villergas, tratándose, digo, de literatos tan distinguidos, que conocen y confiesan sus defectos, nada arriesga usted en el combate; pero no hay que andar á la greña con los invulnerables á que me he referido, porque perece usted en la demanda.

Yo alabo á usted, inteligente *Brummel*, por ese valor que está desplegando, y por el servicio que le presta á nuestra anémica literatura con sus justas y oportunas críticas; pero estoy temiendo que le vuelquen el tintero ó le arrebaten la pluma de las manos cuando con más entusiasmo se entregue á sus tareas.

Mucho cuidado, pues, con los invulnerables y con los pajes que les levantan la cauda del manto y arrullan sus sueños olímpicos con cánticos de alabanza. Esos son peores todavía.

AURELIO HORTA.

EPISTOLA A AURELIO HORTA (*)

—

(DESPUES DE LEER SU ARTICULO "LOS INVULNERABLES")

¡Aurelio, salve á tí! ¡Bravo! ¡Bravísimo!
Fuera ocioso decirte cuán espléndido,
oportuno y feliz está tu artículo.

Ha causado á la fecha mucho estrépito
en la incontable turba seudo-olímpica
á quien bates con ánimo impertérrito.

Llegó, por fin, la hora de la crítica,
tanto tiempo esperada, y ya su lábaro
enarbola, resuelta, la filípica.

¡Estremézcanse y lloren esos bárbaros
que, invulnerables, al censor verídico,
vomitan, si los tocan, virus rábico!

Llenos de envidia y de despecho lívidos,
verán cuál rueda su comprado mérito
al golpe rudo del valiente crítico.

(*) Estos versos aparecieron en "La Bandera de Jalisco."

En vano se unirán formando ejército
que embista á la razón con rabia estúpida,
para esquivar el latigazo intrépido.

No de *Brummel* y *Facistol* las únicas
fuerzas enristran la tajente péñola
para batir á la pandilla inúmera.

Más celoso que Otelo por Desdémona,
tú por la musa del idioma ibérico
te has mostrado, mucho hace, defendiéndola.

Nadie ignora las críticas que en México
lanzaste tú para dejar sin hálito
á poetas, sin fin, analfabéticos.

Sátiras magnas, de sabores clásicos
y espirituales, sí, pero diabólicas
y de un efecto saludable y rápido.

Hoy las recuerdan con placer las crónicas
y quisiéramos otras más terríficas
á esa Hermandad de la Alabanza, hipócrita.

Ya señalaste con franqueza explícita
más de una vez, en tu galano artículo,
á la turba fatal. Pues bien, critícala.

Azota mucho más á esos ridículos
pavos que visten del pavón los hábitos
y son de vanidad tipos magníficos.

Ellos se amparan junto al cuerpo escuálido
de nuestra prensa por demás famélica,
y huelgan á sus anchas en el párrafo.

El insulto procaz es su dialéctica,
la envidia su motor, y afán estólido
por lo deforme y lo vulgar, su estética.

Ellos son los que arrastran el periódico,
y se inciensan, se miman ante el público
con dimes y diretes hiperbólicos.

No toques á ninguno, porque súbitos
se te arrojan los otros y ¡sacrílego!
te apellidan con voces de energúmeno.

Superficiales, sin meollo, insípidos,
en todo se entrometen esos vándalos
y en todo han de mezclar su acento ríspido.

Ellos son los que gritan como pájaros
cuando á los nidos se aproxima el águila,
si un crítico leal vibra su látigo.

Ellos son los que firmes en su táctica
sacar quisieron á *Brummel* los hígados
por odio á la verdad y á la Gramática.

Mas ¿para qué seguir? Esos cernícalos
no han escapado á la mirada fúlgida
de tu criterio y tu saber. ¡Castígalos!

No es justo, no, que la cuadrilla estúpida
siempre se oponga como escollo al tránsito
de los que llevan la razón por brújula.

Que la desbandes, pues que tienes ánimo,
te pide tu deber. Toma la férula
y zurra sin piedad con golpe rápido.

Ese triunfo será tu apologética
junto á tu gloria de escritor político,
que en nombre de la lengua y de la estética,
te elevarán un monumento, ¡oh crítico!

ACERICO.

LAS COSAS EN SU LUGAR. (*)

Calmada la tempestad que produjeron en México las apreciaciones literarias de Manuel Puga y Acal, acerca de Juan de Dios Peza, el más popular de todos nuestros poetas; mudos ya los que arrebatados por la ira dirijieron al crítico apasionados reproches y groseros insultos; reputados periódicos de aquella capital dejan oir su voz en alabanza del escritor jalisciense y convienen en que las críticas de *Brummel* no han traspasado ningún límite, ni el de la amistad, ni el del ageno respeto, ni el de la competencia literaria, sino que, por el contrario, provocando luminosas discusiones, llevan la animación al campo de nuestras letras, triste y desierto antes de ahora, y son causa de positivos adelantos. Léase *El Correo de las Doce* del día 10, *La Patria* del 11, *La Broma* del 12

(*) Publicado en *La Bandera de Jalisco* del 18 de Abril de 1888.

y otros varios periódicos cuyos nombres no recordamos en este instante.

Manuel Puga y Acal ha conquistado, por lo mismo, allí donde se forman las reputuciones, un merecido triunfo que en vano le disputarán sus malquerientes.

Pero nadie es profeta en su tierra, dice el proverbio, y es la verdad. El escritor aplaudido en la capital de la República por publicaciones y personas competentes, verá con profundísima tristeza que dos periódicos que se publican en su tierra natal le dirijen censuras tan ásperas como injustificadas. Ya nos ocupamos en el número anterior de nuestro semanario, de un suelto de gacetilla del *Diario de Jalisco*, en que apasionadamente se ataca á nuestro paisano con motivo de sus críticas. Pues bien, *El Ferrocarril*, en su número del jueves de la semana que acaba de pasar, publica, con el título de estas líneas, un breve artículo escrito en el tono doctoral más enfático que nuestros lectores puedan imaginarse, y en el cual nuestro colega, á vuelta de poco amables calificativos, trata á Manuel Puga con la despreciativa familiaridad que gasta un pedagogo con el más atrasado de sus discípulos. Vale la pena copiar algunos parrafillos para justificar lo que decimos.

"Así como nadie negará que Manuel,—dice llanamente *El Ferrocarril*—es muy capaz para esgrimir el escalpelo del crítico, todos los que algo entienden en achaques literarios, lo han tachado de injusto y, lo que es peor todavía, de *descortés y envidioso*.

. . . . . .

"Manuel critica y critica precisamente los defectos en que ha incurrido. Por esto mismo debería ser más cortés y más humilde en sus críticas. Esa falta de originalidad de que acusa especialmente á Peza, ha sido uno de

los defectos capitales de que están plagadas sus producciones.

"Alguna vez hemos tenido la satisfacción de indicarle amistosamente este defecto, y si ahora nos lo permitiesen las dimensiones de nuestro semanario, volveríamos á patentizarle que la mayor parte de sus ensayos literarios no son más que plagios mal disimulados de literatos de gran nota.

"Puga, volvemos á decirlo, es de talento, y con estudio y. . . . con el tiempo llegará hasta la altura que sueñan sus aspiraciones; pero entre tanto debe, en concepto nuestro, ser más mesurado y más racional en sus críticas."

Manuel Puga, ya ven vdes., es envidioso, descortés y plagiario. Con estudio y. . . . con tiempo, puede llegar hasta la altura que sueñan sus aspiraciones. ¿Quién ha dicho esto? *El Ferrocarril*, contestarán nuestros lectores. Ciertamente; pero el mismo *Ferrocarril*, pocos días antes, decía todo lo contrario de Manuel Puga. ¿Lo dudan vdes? Pues nada es más cierto, como se ve por un párrafo de gacetilla publicado en el número 15 de ese periódico, el cual á la letra dice:

NUESTRO AMIGO Manuel Puga y Acal ha sido objeto de las más cariñosas demostraciones de afecto de la prensa de México.—Bien merece esas demostraciones EL INTELIGENTE Y ERUDITO BRUMMEL, QUE TANTO LUSTRE HA DADO A LAS LETRAS MEXICANAS."

¿Cómo se concilia que un escritor *plagiario* que necesita de estudio y de tiempo para llegar á la altura de sus aspiraciones, sea inteligente y erudito y dé lustre á las letras mexicanas?

Ate, quien pueda, esos cabos. No existe, que nosotros sepamos, entre los escritores de la República, más

que uno que lleve el nombre de Manuel Puga y Acal, y sin embargo, el Manuel Puga y Acal á que *El Ferrocarril* se refiere en su número de 29 de Marzo, no es el mismo que menciona en su número de 12 de Abril. Aquél era inteligente, erudito y bienhechor de las letras patrias; éste es plagiario, envidioso, descortés é ignorante.

¿A qué debe atribuirse un cambio de opinión tan absoluto en un mismo periódico respecto de una misma persona? No lo sabemos. Algun poder *sobrenatural* obró esa maravilla. Chitón!

(*) Lo que *La Bandera de Jalisco* ha callado, y opuedo decirlo. *El Ferrocarril* de Guadalajara es el periódico oficioso del actual gobierno del Estado. El Sr. Gral. Ramón Corona como hombre y como gobernante tenía razones para dar á dicho periódico consigna de atacarme. A el o debia impulsarlo, como hombre, la amistad que le iga al Sr. Peza (que fué *attaché* de la Jegación mexicana en Madrid, cuando Corona fué ministro) y, como gobernante, el recuerdo de mi actitud francamente hostil desde el principio de su gobierno. Las contradicciones y la actitud de *El Ferrocarril* son, pues, natura es. Sin embargo, paréceme que más fácil le hubiera sido al Sr. Gral. Corona hacer que el Congreso de Jalisco, por medio de un decreto, declarara que yo soy un crítico envidioso y que Peza es el mejor poeta de la República!—N. de *Brummel*.

MANUEL PUGA Y ACAL. (*)

Al anunciar el libro que próximamente publicará Manuel Puga y Acal en la capital de la República, nuestro colega *El Ferrocarril* se afana por conciliar las dos opiniones tan diametralmente opuestas que ha emitido sobre las aptitudes de dicho literato, en réplica á lo que dijéramos nosotros respecto de la misma persona y del propio periódico en el número anterior de *La Bandera*.

¡Vano esfuerzo! Lo que aduce nuestro colega en justificación de su inconsecuencia, confirma nuestras sospechas de que al atacar tan rudamente al Sr. Puga, después de tributarle calurosas alabanzas, fué inspirado por agena voluntad y contrarió su propio criterio.

Pero no es esto de lo que hablar queremos al tocar nuevamente esta cuestión personal. Hoy nos proponemos sincerar al amigo del cargo de envidioso que injustamente le arrojan *El Ferrocarril* y algún otro periódico mal intencionado, pues la amistad íntima que nos liga al Sr. Puga nos impone ese deber y nos autoriza para rechazar la acusación.

(*) De "La Bandera de Jalisco" del día 25 de Abril.